

nes á que ha consagrado su vida?.. ¿Puedo yo, en nombre de un amor egoísta, de una pasión ciega, apartarla del camino, áspero sin duda, pero glorioso, por donde la conducen sus heroicas virtudes? ¿He de robar á los enfermos que cuida, á los pobres que socorre, á los huérfanos que educa, é instruye su ardiente solicitud, sus tiernos desvelos, su maternal amparo?.. No. Y por otra parte..., ¿sería más dichosa? ¿Qué puedo yo ofrecerle?.. Las inquietudes, las agitaciones y los peligros del mundo, en cambio de la paz de su alma. No; la Providencia ha dispuesto así las cosas, y me someto sin réplica á sus sabios designios.

— ¡Demonio! — gritó Montero impaciente. — Hablas de un modo que no hay manera de contradecirte. Pero vamos al caso — añadió rascándose la frente. — Sí..., esto es...; sí..., es muy sencillo... Si la Providencia, como tú dices, en sus sabios designios dispusiera las cosas de otro modo..., si Margarita no renovara sus votos, si volviera al mundo..., ¿me entiendes?.. ¿Quieres hacerme el favor de decirme qué harías?

— Entonces — dijo Luis con triste sonrisa — haría lo que tú me dijeras.

— Cójale usted la palabra — se apresuró á decir el músico.

No sé qué palabras iría á pronunciar Montero, porque al poner en movimiento la lengua, se detuvo, quedándose con la boca abierta.

La madre de Luis había entrado de repente, y clavando con viva ansiedad los ojos en Montero, puso el índice de la mano derecha sobre sus labios imponiéndole silencio. El maestro se levantó al ver á la señora de la casa; Luis se acercó á su madre, y ante aquella seña expresiva Montero permaneció mudo.

## CAPÍTULO V

### EL COMISARIO DE POLICÍA

Luis debió advertir en su madre señales de inquietud, pues acercándose á ella le preguntó con admiración:

— ¿Qué ocurre?..

La señora cogió la mano de su hijo, oprimiéndola expresivamente, y alzando la voz más de lo necesario para ser oída por la persona á quien se dirigía, dijo:

— Luis, en la sala hay un caballero que muestra vivos deseos de verte.

— ¡Un caballero!.. — exclamó. — ¿No ha dicho su nombre?

— No... Y en verdad que no se lo he preguntado... Es persona que no he visto nunca en casa.

Hablaba así gesticulando de un modo particular, cuyo sentido ninguno de los tres entendía.

— ¿Dice usted que está en la sala? — preguntó Luis.

— Sí — le contestó su madre. — En ella te espera.

La sala era la habitación inmediata á la en que se encontraban, y la puerta de comunicación entre ambas estaba abierta. Así es que Luis al salir del gabinete pudo ver á un hombre de aspecto vulgar, que con el sombrero en la mano se entretenía en examinar atentamente los cuadros que adornaban las paredes, en cuyo examen se iba acercando poco á poco á la puerta del gabinete.

Tan embebido estaba en la contemplación de los cua-

dros, que al parecer no advirtió la presencia de Luis en la sala. Éste, por su parte, aprovechó aquella distracción para echar una ojeada inquisitiva sobre aquel personaje que tan vivamente deseaba verle.

Por de pronto no vió más que una cabeza gris medio de perfil, una levita negra más larga que airosa, y un pantalón de color de hoja seca, que descendía hasta llegar á unas botas de piel de becerro, ni muy nuevas ni muy limpias, donde se encerraban dos pies anchos y juanetudos. La mano izquierda, echada atrás, sostenía el sombrero cogido por el ala, en tanto que la otra, unida á la cadera, se apoyaba en un bastón grueso, cuyo puño se ocultaba en el hueco de la mano. La parte de perfil que Luis distinguía presentaba un conjunto poco agradable: frente estrecha, nariz remangada, boca saliente y barba deprimida, cejas pobladas y prominentes, y bigote recortado como un cepillo.

Después del rápido examen de todos estos pormenores, Luis dedujo que aquella persona le era desconocida, y dando un paso hacia ella, la sacó de su distracción, exclamando:

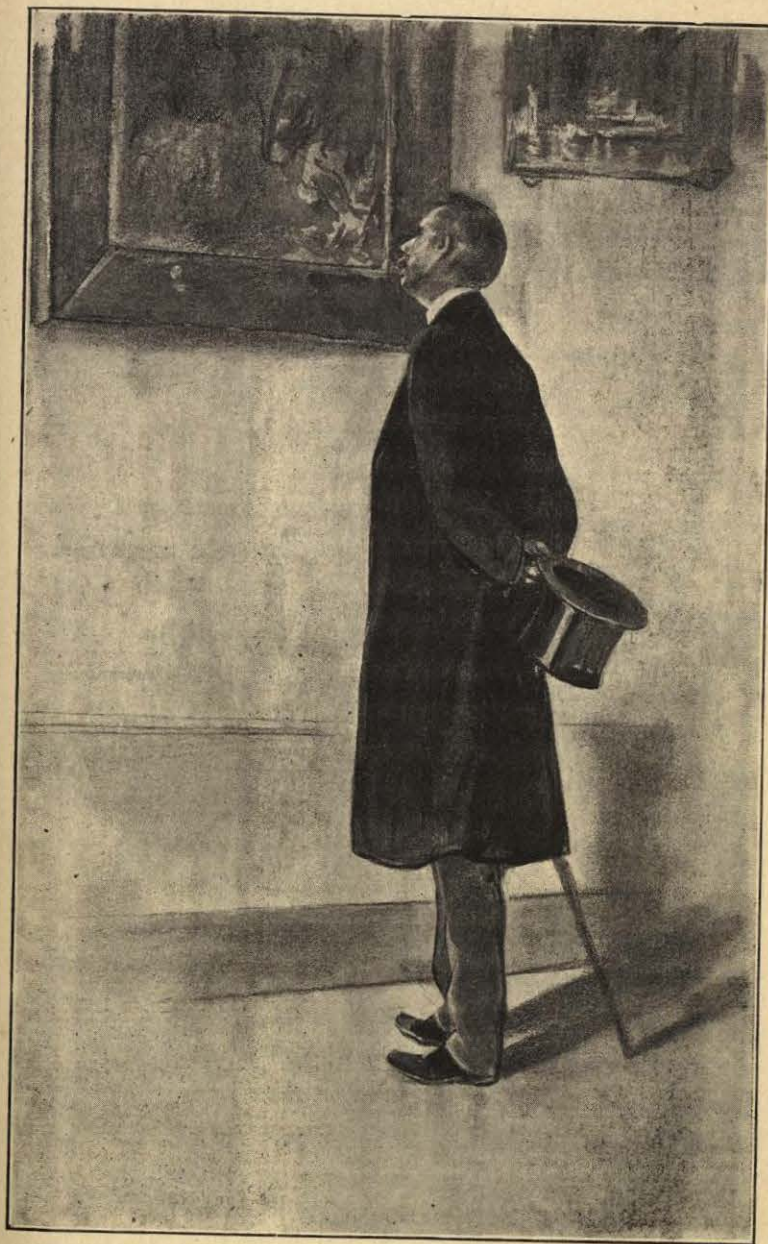
— ¡Caballero!..

El hombre se volvió rápidamente como movido por un resorte, y al encontrarse frente á frente de Luis pareció sorprendido; mas dejó ver una sonrisa que pretendía ser amable, y haciendo una estudiada reverencia, preguntó:

— ¿El Sr. D. Luis?..

— Góngora — se apresuró á contestar Luis.

— De Cisneros — añadió el hombre desconocido. — ¡Ah! Son dos apellidos ilustres. Góngora, gran poeta... Cisneros, gran político. Ya vería usted el cuadro de Manzano, que representa al Cardenal en el momento en que, abriendo el balcón, señala á la nobleza turbulenta los cañones preparados en la plaza de la Villa... ¡Pobre Manzano!.. El cólera,



SE ENTRETENÍA EN EXAMINAR ATENTAMENTE LOS CUADROS

que no respeta nada, lo sumergió en la noche de la eternidad... Por lo que hace á Cisneros, era un hombre que sabía dónde le apretaba el zapato. Esta es una manera de decir, pues ya sabemos que el insigne Franciscano no usó nunca más que las sandalias de la Orden... Toma..., como que era primer ministro y estaba revestido con la dignidad de Cardenal, y dormía sobre un mal jergón y llevaba pegada al cuerpo la camisa de estameña... ¿Eh? ¿Qué tal?.. ¡Vaya un ejemplo para nuestros gobernantes!..

Luis oía todo esto con atenta curiosidad, y aprovechando los puntos suspensivos con que quiso marcar el efecto de su observación, se apresuró á decir:

— Veo que es usted aficionado á la pintura, y que conoce algo nuestra historia, cosa que celebro mucho; más..., perdone mi curiosidad y mi ignorancia, deseo saber con quién tengo el honor de hablar en este momento.

— ¡Ah, caballero! — contestó inclinándose.

— Yo soy un hombre obscuro..., un pobre hombre; honrado..., eso sí, pero pobre..., y sepa usted que mi apellido no desmerece en nada á los más encopetados; proviene nada menos que de los condes de Barcelona, pero ya no suena; ¡los tiempos dan tantas vueltas!.. En fin, yo me llamo Moncada.

— Muy señor mío — añadió Luis, observando que el señor Moncada dirigía con frecuencia sus movibles ojos hacia la puerta del gabinete.

No sabía qué pensar de aquel hombre; su apellido no le daba más luz que su persona, y de su conversación no sacaba nada en limpio. De pronto le ocurrió la sospecha de que pudiera ser un petardista..., uno de esos caballeros de industria del género filosófico y sentimental, de esos que cada día se inventan una desgracia ó una aflicción, que van contando de casa en casa á cuantos quieren oirlas y pueden socorrerlas... Unas veces son cesantes desampa-

rados de toda protección; otras veces son litigantes que hacen el último esfuerzo contra la parte contraria, que es rica é influyente. Con frecuencia se hacen padres de numerosos hijos, que les piden pan cuando la fortuna insensible va delante de ellos cerrándoles todas las puertas. Nunca les falta una madre moribunda, un hijo que expira, una tierna esposa que agoniza. Apelan indistintamente al naufragio ó al incendio, y disponen de todas las catástrofes, de todas las aficciones, de todas las desdichas y de todas las enfermedades que pueden afligir al género humano. Son corteses, afables, hasta risueños... Son insinuantes, humildes y habladores, y sobre todo, son imperturbables.

¿Sería el Sr. Moncada uno de estos seres? Su aspecto no revelaba miseria, y brillaba sobre su chaleco blanco, de grandes solapas, una enorme cadena de acero, que iba á esconderse en el bolsillo, y que sin duda sujetaba á un reloj, que debía ser una fiera. No obstante, la miseria no va siempre descalza; muchas veces va por el mundo con guantes amarillos. Nuestras leyes de policía prohíben que el pobre pida limosna, si para ello no tiene más títulos que su desnudez y su hambre; para ser pobre es preciso una patente; no se puede pedir limosna sin licencia de la autoridad, pero la estafa, es una industria, y se puede ejercer sin previo permiso, con camisa limpia y hasta con camisa de batista, según el caso y las circunstancias.

El Sr. Moncada podía muy bien ser un caballero de industria.

Luis quiso salir de la duda, y le preguntó con suma cortesía:

— También espero saber á qué motivo debo el honor de esta inesperada visita.

— ¡Sr. D. Luis!.. — exclamó el misterioso Moncada. — El honor es mío, y tanta bondad disminuye las dificultades

que me opone mi natural timidez. Vamos al caso. Aquí se detuvo, sin duda para coordinar sus ideas, y prosiguió diciendo:

— El objeto de mi visita es muy sencillo. Usted mismo, apreciable joven, lo ha adivinado al descubrir en mí con singular perspicacia cierta afición á la pintura. En efecto, soy admirador del arte de Rafael y de Velázquez, cosa que comprenderá usted fácilmente cuando sepa que he dedicado algunos años de mi vida al comercio de cuadros. Han pasado por mis manos obras maestras, *Murillos*, *Carduchos*, *Juan de Juanes*, *Pantojas* y algún *Tenier* que otro. También he picado algo en la escultura, y algo entiendo de antigüedades. Pues bien, amigo mío; sé que usted participa de las mismas aficiones, y contando con su amabilidad, he venido á que usted me favorezca, dejándome ver su pequeño museo.

Luis no ocultó una ligera sonrisa, y le dijo:

— Mi pequeño museo, Sr. Moncada, está reducido á los pocos cuadros que tiene usted delante; lo demás que hay en la casa no vale la pena de verse.

— Modestia, pura modestia. Ya supongo que aquí estará lo selecto, pero supongo también que en esos gabinetes habrá algo bueno... Sin duda alguna mi pretensión es impertinente, y voy á descubrirle á usted mi secreto; quiero corresponder á su finura con mi franqueza. Sepa usted que busco un original. Es un encargo, cuyo buen éxito podría valerme la protección de un alto personaje, y ya ve usted, amigo mío, es preciso vivir.

— Dudo — replicó Luis — que encuentre usted en mi casa lo que busca; pero, en fin, ¿qué original es ese?

— Permítame usted, Sr. D. Luis — dijo el traficante en cuadros con voz y ademán suplicante, — que me reserve esta parte de mi secreto; porque..., vamos, la franqueza ante todo, conviene así á mi negocio. He registrado ya

varias colecciones de cuadros, reservándome siempre el nombre del que busco; es una precaución, que por circunstancias particulares del caso creo necesaria.

— Yo la respeto — le contestó Luis; — mas puedo asegurarle que no encontrará usted en mi pequeña colección nada que valga tanto. No poseo ningún cuadro original, y si alguno lo es, será de autor desconocido.

— ¿Quién sabe? — replicó el señor Moncada. — Acaso usted mismo ignora que lo tiene. Y no crea usted que se trata de una obra portentosa por su mérito, no; pero hay quien lo desea, y pagará su capricho á peso de oro... Ya ve usted si soy franco. Yo lo conoceré en cuanto le eche la vista encima, aunque esté empolvado y roto. Entonces le diré á usted: Este es el lienzo que busco. ¿Quiere usted venderlo? ¿Sí? Entraremos en negociaciones. ¿No?.. Iré á ver al personaje que lo desea, y le diré: En tal parte está el cuadro, y asunto concluído. ¿Me negará usted este obsequio?

— No tengo inconveniente — le dijo Luis — en que se desengañe usted por sus propios ojos. Pase usted á este gabinete.

Diciendo así, se volvió hacia la habitación donde había dejado á su madre, á Montero y al músico, cuya puerta se había cerrado después que él hubo salido. En aquel instante debió acordarse del coronel que tenía oculto en su casa, y se detuvo, rascándose lentamente la cabeza, como quien duda de lo que debe hacer.

Moncada no reparó, ó no quiso reparar en esta circunstancia, y dejando el sombrero en una silla, se dispuso á seguir á Góngora. Este se acercó á la puerta y llamó con los dedos, preguntando:

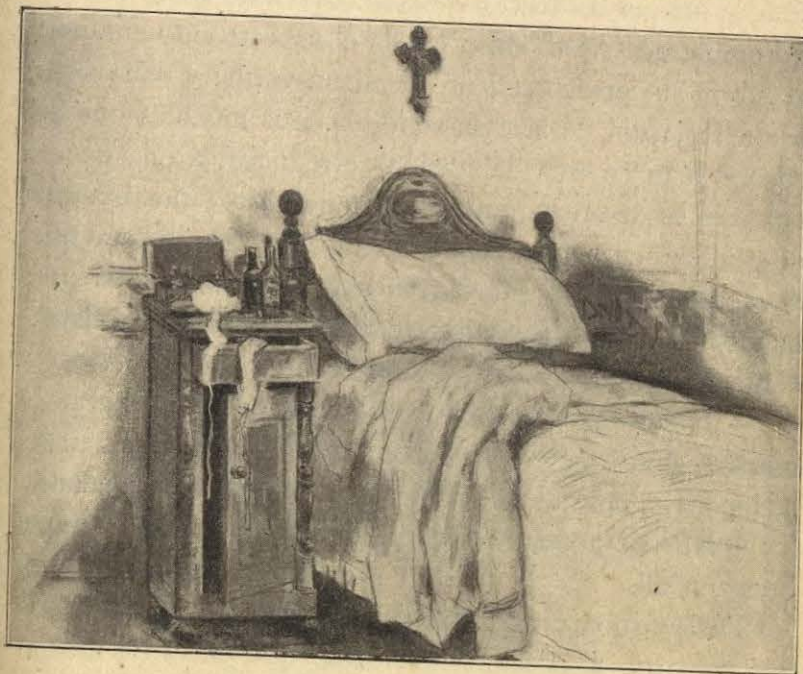
— ¿Se puede?

Si en aquel momento hubiera vuelto la cabeza de repente, habría sorprendido al traficante en cuadros guiñando los ojos.

La madre de Luis contestó á la pregunta de su hijo abriendo de par en par la puerta y diciendo:

— Adelante.

Entró Luis, y detrás de Luis, Moncada, y ambos sondearon la habitación, recorriéndola de una rápida ojeada;



Sobre la cama se veía la bata que llevaba Montero

el primero buscando á Montero, y el segundo buscando el cuadro; pero el coronel no estaba en el gabinete, ni el cuadro tampoco.

— Estos paisajes — dijo Moncada — son Haes puros.

— No — contestó Luis mirando á su madre, que le hacía señas con los ojos sin poder comprenderla. — No son Haes, son copias de un admirador de Haes.

Repasando los cuadros, dió Moncada una vuelta alrededor del gabinete, y llegando á la puerta de la alcoba, dió un gran suspiro, exclamando:

— ¡Oh! No está aquí el cuadro.

Y se entró en la alcoba como Pedro por su casa. Luis lo siguió, encogiéndose de hombros.

La pieza en que los hemos visto entrar era espaciosa, y servía á la vez de dormitorio y de cuarto de vestir. Recibía la luz por un balcón de esos cuyo antepecho de hierro empotrado en el muro les da el aspecto de ventanas; lo cubría su correspondiente persiana verde, y daba á un pequeño jardín de la casa contigua. Los muebles que se encontraban en esta habitación se reducían á una cama, una mesilla de noche, un ropero, un *lavabo* y dos butacas de gutapercha negra. Sobre la cama se veía la bata que llevaba Montero, y sobre la mesilla de noche había una bandeja con hilas y vendas, y algunos tarros de cristal, conteniendo sustancias, al parecer medicinales.

— ¡Hola! — exclamó Moncada reparando en este por menor. — Veo que es usted hombre precavido, pues tiene á la mano el botiquín. ¿Padece usted alguna enfermedad?..

— No — se apresuró á contestar Luis; — gozo de muy buena salud.

De la alcoba, donde no había ningún lienzo que examinar, pasaron á la pieza inmediata, que era á un mismo tiempo escritorio y biblioteca. La mesa de escribir se hallaba en medio de la estancia, delante de un gran sillón de baqueta, colocado en el espacio de pared comprendido entre dos balcones, que daban también al jardín que antes he indicado; el resto de las paredes estaba cubierto de estantes llenos de libros.

Moncada descubrió al instante un lienzo que se destacaba sobre el sillón.

— ¡Hola! — dijo. — Copia de Rubens.

— Sí — contestó Luis; — es un Descendimiento.

Había algunos lienzos más, sobre los que pasó Moncada rápidamente la vista.

Luis levantó una cortina que ocultaba una puerta, é invitó al comerciante de cuadros á que entrara, diciéndole:

— Aquí encontrará usted una perla; este es mi dormitorio.

— ¡Cómo! — exclamó Moncada entrando. — Yo creí que usted dormía en la habitación que hemos dejado al otro lado de la biblioteca.

— No — contestó Luis sencillamente.

— En efecto — siguió diciendo el otro. — Es una perla. Ya lo creo, como que es la *Perla de Rafael*. ¡Gran copia! ¡Gran copia!..

Salieron á un pasillo que formaba una pequeña galería de cristales, donde Moncada pudo examinar cuadros de cacerías y de batallas, y entraron en el comedor, donde se hallaba la mesa puesta con cuatro cubiertos.

— ¡Qué indiscreto soy! — dijo. — Van ustedes á comer, y yo aquí hecho un posma. Y el caso es que hay convidados, porque, según tengo entendido, ustedes no son más que su señora madre y usted.

— Cierto — contestó Luis; — pero come con nosotros muy á menudo el caballero que ha visto usted en el gabinete.

— Hoy no será ese solo — añadió el Sr. Moncada — porque los cubiertos son cuatro.

Luis eludió la respuesta, diciendo:

— Vea usted estos bodegones.

— Son buenos — contestó, — muy buenos.

Desde el comedor volvieron á cruzar el pasillo, y entraron en el oratorio que ya conocemos.

— ¡Bravo! — exclamó Moncada. — Este crucifijo es de Zarcillo, estoy seguro de ello.

Del mismo modo registró las habitaciones de la madre de Luis, donde no encontró más que cuadros devotos.

— Aquí — dijo — es inútil detenerse. Esta habitación

parece la celda de una monja; todos los asuntos que veo pertenecen á la Historia Sagrada, y el original que yo busco es muy profano, muy profano.

— Pues, Sr. Moncada — le advirtió Luis, — ya ha visto usted toda mi colección.

— Gracias, amigo mío — le contestó. — Es usted un joven muy apreciable, y le agradezco mucho la confianza con que me ha honrado. No he visto entre sus cuadros mi codiciado original, pero no he perdido nada en examinar su colección... Por lo demás, allá veremos; no pierdo la esperanza de encontrar lo que busco.

Diciendo esto, miraba á su alrededor.

— Por aquí — le dijo Luis, comprendiendo lo que significaba su ademán.

— ¡Ah! Sí..., no había visto la puerta.

La puerta que Moncada no había visto, estaba cerrada y que Luis abrió, daba á la sala y caía enfrente de la del otro gabinete, donde entraron primero. Este singular personaje tomó su sombrero, dió mil excusas, pidió mil perdones, se ofreció mil veces, y haciendo continuas reverencias, desapareció al fin en el hueco de la escalera.

Luis volvió á la sala, y se encontró con su madre, que le dijo:

— Esa visita me ha tenido con el alma en un hilo.

— ¿Por qué?

— ¡Por qué! ¡No lo has conocido!

— Es un Sr. Moncada, traficante en cuadros, á quien no había visto en mi vida.

— Te equivocas, Luis — replicó la señora. — Ese hombre es el comisario de policía. Marta le conoce de vista, y me lo advirtió al anunciarme su visita.

— ¡Ah, bribón!.. — exclamó Luis. — Me ha engañado como á un chino. ¿Y Montero?

— Montero supo por mí la clase de hombre que te bus-

caba, y se entró en la alcoba; se habrá escondido. ¿Temes tú que le haya visto?

— No, no temo eso.

— Pero de todas maneras — advirtió el músico con voz *piantísima* — esa visita es sospechosa.

— Muy sospechosa — repitió Luis pensativo. — Muy sospechosa.

Entre tanto el Sr. Moncada llegaba al fin de la escalera, haciendo el siguiente resumen:

«He oído su voz desde la sala..., he visto su cama y el botiquín con que todavía se cura la herida, y he visto que tenía su cubierto en la mesa. Mis sospechas han salido ciertas, el pájaro está en esta jaula.»

Al llegar á la puerta de la calle hizo con el bastón un movimiento, y se le acercaron dos agentes de policía, que se paseaban tranquilamente por la acera, y les dijo:

— Ya saben ustedes las señas.

— Sí — contestaron.

— Pues bien; sigan ustedes vigilando la puerta de esta casa... Mucha vigilancia, mucha.

Hecha esta advertencia, se colocó el bastón debajo del brazo, echó atrás las manos, y se fué murmurando entre dientes:

«Esta noche cae..., sin remedio..., no tiene escapatoria.»